

ARTICULO II.

Estado de la religion y del imperio de los musulmanes en Oriente.

La historia del siglo X. nos ha mostrado el eslamismo dividido en cismas y heregias, el califado reducido al dominio espiritual, los emires Al-Omara disponiendo á su arbitrio de esta dignidad suprema, y la ambicion de los gefes erigiendo por todas partes estados independientes, y continuamente en guerra unos contra otros, para afirmarse y extenderse. En medio de estas agitaciones fundaron varios conquistadores en el centro mismo del imperio musulman potencias que se hicieron muy en breve temibles, y que alteraron la antigua constitucion introduciendo principios de gobierno conformes con la política y con las ideas ambiciosas de estos nuevos soberanos, que debiéndolo todo á la espada, no consultaban mas que su propio interes en su respeto á la cabeza de la religion, y en sus alianzas con los otros príncipes. Los fatimitas, como ya lo hemos advertido, que se daban por descendientes de la sangre de Mahoma, fundados en una genealogía que se les disputaba, habian formado en Egipto otra monarquía que procuraban extender por medio de sus conquistas; y reuniendo, como los primeros califas, los derechos del altar con los del trono, se habian declarado, á exemplo suyo, pontífices y monarcas en todos los paises de su dominio. Este era el estado de las cosas á principio del siglo XI. El califa de Bagdad era siempre mirado como único soberano, aun por aquellos que lo iban despojando; pero sin autoridad en su capital, y sin tener del supremo poder mas que un respeto vano y un fausto prestado, conferia títulos de honor, daba la investidura de los estados, y parecia que disponia de todo, siendo así que no le quedaba ya nada. Si vivia en un palacio suntuoso, era por las pensiones que exígia á los emires, y que estos pequeños príncipes le pagaban ó le negaban, segun su capricho. Su guardia era el árbitro de su destino; y aunque los honores sagrados le estuviesen reservados, y que no se llegase á su trono sino adorándolo, se burlaban de esta vana fantasma, cuya existencia dependia de aquellos que veia prosternados delante

de sí. La autoridad pontificia, única y última propiedad que quedaba al sucesor de Mahoma, no estaba ménos descarnada que el poder civil y político. Los fatimitas en Egipto, y los soberanos de Córdoba en España, se habian atribuido los honores y autoridad del califado; por manera, que á un mismo tiempo habia en la religion mahometana tres pontífices, tres depositarios de la autoridad espiritual, tres oráculos de la fe, que se miraban mutuamente como usurpadores é impios.

Estas divisiones, que al parecer habian de ser opuestas á los progresos de la ley musulmana, sirvieron por lo contrario para extenderla mas y mas, y para sujetar á ella nuevas naciones. Los turcos, pueblo feroz y belicoso, descendientes de los hunnos y de los tártaros, divididos en 24 ramas ó tribus, habiendo pasado las montañas y los rios que les servian de barrera, se echaron sobre las provincias musulmanas mas expuestas á sus correrias. Al principio no tenian otra mira, como sus antepasados y como los dinamarqueses en Europa, que la de enriquecerse con el saqueo y hacer esclavos; pero despues lo delicioso del clima, la opulencia de las ciudades, que con el comercio y despojos de los griegos se habian hecho florecientes, y la pereza de los habitantes, los convidaron á formar establecimientos duraderos. De quando en quando tuvieron á su frente sugetos célebres en las historias orientales por sus hazañas y su prudencia, que habiéndose hecho poderosos y temibles, sujetaron á su yugo tierras inmensas. Tales fueron entre otros Mahamud, el primero que tomó el título de Sultan, Thogrul-beg, que se apoderó de Bagdad, y extendió sus conquistas hasta la India; y Alp-Arslan, que tomó muchas provincias á los emperadores de Constantinopla, puso en fuga sus ejércitos, é hizo vacilar el trono. Para ser verdaderos héroes, no faltaba á estos príncipes sino tener costumbres mas suaves, política mas humana, é ideas mas conexas en sus operaciones y en su gobierno.

Las mas de estas naciones victoriosas eran idólatras; pero habiéndose hecho sedentarias en los lugares de sus conquistas, abrazaron la religion de Mahoma. Adoptando los dogmas del Alcoran, se llenaron de aquel fanatismo intolerante y destructor, que infundia el eslamismo en todos sus prosélitos, sobre todo en los primeros tiempos de su

conversion. Esta disposicion contribuyó casi tanto para extender la dominacion de los turcos, como la felicidad de sus armas. Combatian por causa de religion á las Tribus, á quien trataban de infieles porque permanecian sujetas al gentilismo; aunque tenian un origen comun con ellos, debian mirarlos como porciones diferentes de una misma familia. Por este medio aumentaban su poder, acostumbraban á los vencidos á no ver entre sí sino hermanos, se hacian amables á los califas, que no teniendo otro apoyo que la religion, no escaseaban á sus príncipes los pomposos títulos de *mano derecha del estado*, y *de protectores de los fieles*.

De todas las Tribus á quien el nombre de turcos era comun, la que se hizo mas célebre y mas temible, fué la de los seljucidas, que habia tomado su nombre de Seljiuk, uno de los mayores capitanes de la nacion turca. Ya eran dueños del Korasan, y sus conquistas empezaban á extenderse hácia el Oriente y Mediodia baxo la direccion del famoso Thogrul-beg, quando el califa Caim, cautivo en Bagdad, los llamó en su socorro. Thogrul-beg, que acababa de trastornar un trono y de tomar el título de Sultan, acudió prontamente al ofrecimiento del califa, despues de haber concluido algunas empresas que habia comenzado, y que acabó gloriosamente como todas las demas en que habia puesto mano. Llegado que hubo á las puertas de Bagdad, forzó á sus moradores á abrirse las, y libró al califa de la opresion en que gemia. Esta proteccion manifiesta, generosamente concedida á la cabeza de la religion, y el agradecimiento del pontífice, que se dió á conocer por los honores extraordinarios que concedió á su libertador, completaron de todo punto la gloria de Thogrul-beg. Miróse á los seljucidas como defensores del trono y del altar, y esta nacion llegó á dominar muy pronto en todo el Oriente.

Desde mitad de este siglo tuvieron incesantemente los emperadores de Constantinopla que defenderse de estos terribles enemigos. Viendo Constantino Monomaco estos rápidos progresos de su poder, y no hallándose en disposicion de oponerse á ellos, tuvo por preciso volver á buscar su alianza. Thogrul-beg, que queria tener tiempo de afirmar sus conquistas, se ofreció á ayudar las ideas del monarca christiano con una apariencia de buena fe que lo

engañó; pero este tratado se rompió inmediatamente con las nuevas empresas del príncipe Musulman. Sus generales fueron derrotados; pero estas pérdidas, que no tardaron en reparar, no hicieron otra cosa que irritar su rencor contra los christianos, y los excitaron á lavar su afrenta con la sangre de los que ellos llamaban infieles. Talaron todas las tierras que riega el Eufrates, se apoderaron de la Media, sujetaron la Armenia y las provincias vecinas, de suerte que al morir el sultan Thogrul-beg, todas aquellas deliciosas comarcas, que habian formado parte del imperio griego, se hallaban comprehendidas en sus vastos estados. Su sobrino y sucesor Alp-Arslan, no ménos valiente, ni ménos venturoso que él, continuó sus conquistas, y las extendió todavia. Romano Diógenes cayó en sus manos, como se ha dicho en el artículo antecedente. De contrario ruyo se hizo su amigo, y quiso ser su vengador luego que supo el cruel tratamiento que se le habia hecho al llegar á sus estados. Esto dió motivo á nueva guerra; y la Georgia que tomó á los griegos, vino á ser el teatro de su venganza. Reduxo á todos sus moradores á esclavitud, y obligó á los grandes á llevar, en lugar de adornos, una herradura colgada en la oreja. Esta insignia de ignominia, de la qual no podian eximirse sino negando á Jesu-christo, obligó á muchos á abandonar el christianismo y hacerse mahometanos. Este sultan, que acabó sus dias en medio de sus prosperidades á manos de un asesino, se habia hecho tan poderoso en toda el Asia, que habia visto, segun dicen, 1200 soberanos, ó hijos de tales, prosternados al pie de su trono.

Para concluir la pintura de la religion y del poder musulman en el siglo XI, no falta mas que dar á conocer las dinastias que se establecieron en Iconio, en Alepo y en Damasco, que es con lo que cerraremos este artículo.

Hácia el año 1074 el sultan de Persia Malek-Schah dió un ejército á Soliman, hijo de Kutulmisch, y nieto de Seljiuk, con orden de pasar á las provincias del Asia Menor desde la Syria hasta el Bosphoro, y de conquistarlas. Cediale la soberania de estas comarcas despues que las hubiese sujetado. Soliman no experimentó muchas dificultades en su empresa. Las provincias que invadia, estaban hacia mucho tiempo expuestas á las correrías de los sarracenos y de los turcos; y por tanto las halló casi sin defen-

sa, y en un apuro que no les permitió oponerse á sus designios. Adelantábase por el lado de Constantinopla, despues de haber sujetado la Bitinia, quando un ejército de Alexis Comneno suspendió su marcha. Entróse en negociacion y se habló de paz; la que admitió Alexis con tanta mayor ansia, quanto entonces lo llamaban asuntos de grande importancia por la parte de Occidente; y Soliman, que no queria exponerse á perder su conquista, no se negó á ella.

Pero el príncipe turco solo empleó este tiempo de descanso para prepararse á nuevas hazañas; y así, no observó el ajuste mas que para ponerse en disposicion de empezar de nuevo la guerra con mayor suceso. Luego que juntó nuevas fuerzas, volvió á empezar la campaña, y sus armas tuvieron mucha mas felicidad que nunca. La Licaonia, la Capadocia, la Isauria, la Frigia, el territorio de la ciudad de Efeso, la Paphlagonia, y la provincia de que es capital Trapisonda, cayeron en sus manos, ademas de la Bitinia, de que se habia apoderado en su primera expedicion. Estableció su residencia en Iconio en Lyeaonia, y la hizo capital de la nueva monarquía que acababa de fundar. Este conquistador murió el año 1085, despues de una batalla que perdió contra un general del sultan de Persia, á quien la celeridad de sus conquistas habia causado inquietud. Su hijo, que tambien se llamó Soliman, fué su sucesor: afirmó su poder, y llegó á ser vecino temible para los emperadores de Constantinopla. Este es el origen de los sultanes de Iconio, que los escritores árabes llaman sultanes de Rum, porque las provincias del Asia Menor, de que habian formado su imperio, eran un trozo del de los griegos, á quien los pueblos de Oriente dan siempre el nombre de romanos.

Las dos dinastías de Alepo y de Damasco tuvieron por fundador á Tutusch, hermano de Malek-Sehah, sultan de Persia, hácia el año 1078. Este príncipe emprendió la conquista de la Siria, que estaba baxo el dominio de los califas de Egipto. Despues de varias alternativas de dichas y de desgracias, consiguió hacerse independiente en las tierras que la suerte de las armas habia sujetado á él. Quando murió, se dividieron sus estados entre dos de sus hijos, que se establecieron, uno en Alepo y otro en Da-

masco, con el título de sultanes, lo que formó dos soberanías pequeñas. Muy á menudo veremos á estos príncipes armados unos contra otros, y reunirse algunas veces para oponerse á los griegos y á los cruzados. No es de nuestro plan el seguir las revoluciones particulares de estas endebles potencias del Asia, ni hablaremos de los acontecimientos que les interesan, sino en quanto tengan conexión con la historia de los príncipes christianos, que por causa de las guerras sagradas comenzadas en este siglo, tuvieron que venir á las manos con ellos.

Quédanos algo que decir de la famosa dinastía de los batenios ó ismaelitas, conocidos en la historia de las cruzadas con el nombre de asesinos, de quien tendremos no pocas veces ocasion de hablar en adelante. El fundador de esta nacion, que hizo temblar á todos los príncipes de Oriente, se llamaba Assan-Sabah. Establecióse al Norte de la Persia, en la provincia de Dilen, hácia el año 1090, con una tropa de árabes que habia juntado. Pasaba por versado en el arte de la magia, y á sus prestigios se atribuye el extraordinario fanatismo, que infundió sin distincion en todos los que se alistaron baxo su ley. Habialos hecho tan dóciles á sus preceptos, que á la menor señal de su voluntad executaban sin titubear todo lo que les mandaba, ya fuese clavarse en el pecho un puñal, ó arrojarse desde lo alto de las peñas. Escriben que para reducirlos á este grado de obediencia fanática, que apenas se podría creer, si no lo asegurase una infinidad de testigos oculares, los hacia embriagar hasta perder el sentido, y en este estado los mandaba transportar á un lugar delicioso, en donde no faltaba nada de quanto pudiese enagenar y satisfacer los sentidos. Luego que habian pasado algunos dias en medio de los deleytes, se les embriagaba otra vez, y se les volvía en sí. Entónces, llena la imaginacion de lo que habian experimentado, se les aseguraba que la felicidad que habian probado, seria despues de la muerte el premio eterno de su docilidad. No fué menester otra cosa para enardecer la imaginacion viva de estos hombres ignorantes, y disponerlos para todo. La religion que Assan-Sabah se habia formado, era un mahometismo, mezclado con algunas ideas tomadas de las otras religiones del Oriente. Los dogmas del paraíso y de la fatalidad, que eran la base de su creencia, contribuian mucho á mantener á sus súbditos en

la disposición de ciega obediencia, y de absoluta resignación en que los había puesto.

Cuéntase que noticioso el sultán de Persia de que todos los soberanos estaban amedrentados con estos fanáticos, envió un ministro á su caudillo para intimarle que saliese quanto antes de sus estados, ó declararle la guerra, si se negaba á obedecer; y que Assam-Sabah, sin responder á este ministro, llamó dos de los suyos, mandando á uno que se matase, y á otro que se arrojase desde lo alto de una torre, lo que executaron ciegamente. Entonces volviéndose al ministro, le dixo: *Id y decid al sultán, que tengo 700 hombres tan determinados á obedecerme como estos dos.* Esta fué toda su respuesta, y por ella juzgó el sultán que era muy arriesgado hacer guerra á un gefe, cuya voluntad era tan bien executada. Este pueblo extraordinario fué el terror del Asia por más de siglo y medio en el Reynado de 8 príncipes. Pasó colonias á varias comarcas al mando de ciertos comandantes que dependían del gefe general, y que tenían todos el mismo poder y el mismo dominio que él sobre aquellos á quien mandaban en su nombre. Los historiadores de las cruzadas han dado el nombre de *Anciano del Monte* al caudillo de los que penetraron en la Siria, y se establecieron en las gargantas del monte Libano.

ARTICULO III.

Estado político del Occidente.

No estaba el Occidente en ménos agitación que el Oriente, aunque las revoluciones no eran tan freqüentes, los delitos tan atroces, ni había tantos príncipes ensalzados por la rebelión, y derribados por el parricidio. Las turbaciones que inquietaban á la Europa, las guerras que la desolaban, y los alborotos que obligaban muchas veces á los soberanos á armarse contra sus propios vasallos, eran conseqüencias funestas de la anarquía feudal. Este gobierno monstruoso como era, tenía sus leyes fundadas en el uso, y en una especie de convenio tácito, que se había establecido por el hecho; pero estas leyes no obligaban mas que al desvalido; y qualquier vasallo que se hallase con bastante poder para hacer guerra á su soberano, ó por sí solo

ó con el auxilio de sus aliados, podia hollar estas leyes y estos usos, de los quales sabia muy bien eximirse por medio de la fuerza. Este era el sistema de toda la Europa; pero su funesta influencia en ninguna parte se experimentaba mas, ni era mas general que en Francia, como lo veremos muy pronto; y aun fué fortuna que se formaron en los ánimos nuevas ideas, y que unos proyectos de conquistas distintas (a) presentaron al valor inquieto de los príncipes y de los señores un nuevo objeto, al qual acudieron de todas partes, y éste se abrazó con aquella ansia que produce un entusiasmo repentino, que se comunica en un instante, y en el qual todos se apresuran á tener parte. Esta fermentación, que muy en breve llegó á ser universal, mudó las ideas, los intereses y la política, y dió á los grandes, á los guerreros y á los pueblos un impulso, cuyas resultas fueron con el tiempo mas felices de lo que se hubiera podido esperar; pero antes que se experimentasen estos efectos ventajosos, ocasionados por las circunstancias, ocurrieron muchos sucesos extraordinarios que vamos á recorrer.

El poder de los emperadores de Alemania influia mas que ningun otro en los negocios generales, por la conexión necesaria que tenían, en virtud de su dignidad, con los estados del Norte y del Mediodía. Quando murió Oton III., que no dexaba hijos, tuvo grandes altercaciones en Alemania y en Italia sobre la elección de sucesor. Por último se reunieron los votos en favor de Henrique, duque de Baviera, biznieto de Henrique el Paxarero. El crédito de justo, de afable, de moderado y de piadoso, de que gozaba ántes de su elección, determinó á los prelados y grandes á elegirlo por cabeza del cuerpo germánico. Supo mantener la alta opinion que se había formado de él, gobernando con prudencia, y juntando con las virtudes christianas las virtudes reales y militares. Su primera diligencia fué aplicarse á sosegar las turbaciones de Alemania, excitadas por el despique de algunos príncipes á quienes había sido preferido. Despues volvió su atención hácia la Italia, en donde se había formado un señor ambicioso, y al mismo tiempo de poder, llamado Hárduino, por medio de sus negociaciones, y distribuyendo mucho

(a) Las cruzadas.